



JOSÉ DE COCA LEICHER

Paisajes expositivos. El recinto ferial de la Casa de Campo de Madrid

Madrid, Ediciones Asimétricas, 2018, 313 pág.
Idioma: castellano. 15 x 20cm.
Encuadernación rústica, 20€.
ISBN: 978-84-949522-0-3

ÍÑAKI BERGERA

Universidad de Zaragoza
ibergera@unizar.es

La publicación presenta por primera vez, de forma rigurosa y documentada, una investigación sobre el valor y alcance de una experiencia arquitectónica y paisajística singular en el contexto de la modernidad española del siglo XX. La inauguración en 1950 de la I Feria Nacional del Campo en el recinto ferial de la Casa de Campo de Madrid dio lugar a sucesivas ediciones, pronto con vocación internacional, hasta su declive definitivo en 1975. Estos veinticinco años recogen un caso de estudio restringido del feliz tránsito desde los primeros planteamientos arquitectónicos ligados a la naturaleza constructiva y estilística de lo popular hacia la anhelada modernidad funcionalista. Se trata de la revalorización de un laboratorio arquitectónico único, comandado inicial y principalmente por Asís Cabrero y Jaime Ruiz, pero en el que participaron después otro nutrido grupo de arquitectos como Fisac, Sota, Aburto o Romani.

Llevada brillantemente a cabo por José de Coca, la investigación que ahora publica la activa editorial Asimétricas —con la colaboración del Área de Gobierno de Desarrollo Urbano Sostenible del Ayuntamiento de Madrid— es una versión acotada de la correspondiente tesis doctoral vinculada a su vez a los trabajos de la Redacción del Plan Especial del Plan General de Ordenación Urbana de 1997 de dicho ayuntamiento. Por esta razón, la investigación y su publicación no persigue únicamente documentar en detalle esta singladura de las distintas Ferias del Campo sino actualizarla a

nuestro tiempo, no desde la nostalgia inoperante de la historia sino desde el impulso que supone su protección como parte del BIC de la Casa de Campo y la consiguiente oportunidad de darle un renovado uso cultural, social y de ocio al complejo, habida cuenta de su estratégica ubicación entre la Casa de Campo y el nuevo parque Madrid-Río.

Con estas premisas y enfoques y tras los pertinentes textos institucionales introductorios y el certero prólogo del Catedrático de Proyectos Gabriel Ruiz Cabrero, el libro se estructura en torno a dos capítulos fundamentales que coinciden con los momentos más importantes de la singladura del recinto ferial: el momento de su arranque como Feria Nacional del Campo en 1950 y su desarrollo y declive final como Feria Internacional entre 1953 y 1975. Hay además un capítulo primero que sirve para contextualizar el hecho estudiado desde el punto de vista de sus precedentes y del desarrollo histórico de la ciudad y, por último, un capítulo conclusivo donde el autor subraya de forma sintética los valores más importantes de toda aquella experiencia arquitectónica. Además de incluir la correspondiente bibliografía, el libro contiene al final unos valiosos anexos documentales de naturaleza gráfica elaborados por el propio investigador y destinados a restituir fielmente el legado en su conjunto: planos de paisaje y planimetrías evolutivas del recinto y planos de arquitectura de los edificios de los distintos pabellones —proyectados, construidos o demolidos— que fueron conformando la instalación ferial.

Uno de los muchos atractivos del libro es que nos permite visitar la ya acuñada historia del advenimiento de la modernidad arquitectónica de la posguerra desde un caso circunscripto de naturaleza ensayística. Fiel a su en ocasiones previsible vocación efímera, las Ferias del Campo se sucedieron —insiste el autor— como “laboratorios de arquitectura”, capaces de permitir ciertas dosis de experimentación y riesgo constructivo y programático. Por eso, gracias a la presentación y descripción de los sucesivos proyectos concretos, descubrimos pequeñas grandes joyas —muchos de aquellos honrosos “pabellones de provincias” a cargo Secundino Zuazo, José Luis Romani, Miguel Fisac o Alejandro y Jesús de la Sota— que complementan a las arquitecturas más célebres.

Celebramos así de la mano de Cabrero y Ruiz la plasticidad expresiva y paisajista del primero de los recintos levantados mediante arcos y bóvedas de ladrillo —el atrio circular y el zoco expositivo— (1950), la condición efímera y escenográfica del pequeño pabellón de Pontevedra (1956) o el rigor constructivo de la Escuela Nacional de Hostelería (1956) y la monumentalidad espacial del Palacio de Cristal (1965), pero también encontramos las mejores esencias de las progresivas manifestaciones identitarias de nuestra arquitectura en la pequeña capilla —desaparecida— o el Pabellón de la “S”, levantados en la I Feria (1950), o en el pequeño *Stand* de la Oficina Agrícola (1956) construido por Rafael Aburto —o su no construido Pabe-

llón del Olivo (1960)—. Comprobamos también en muchos de estos proyectos la participación interdisciplinar de no pocos artistas plásticos y celebramos el roce con la presencia de arquitectos y arquitecturas de procedencia internacional, confirmándose también así otras dos de las señas de identidad de nuestra arquitectura: la integración de las artes y los flujos e influencias extrafronterizas.

El lema “traer el campo a la ciudad” —de innegable sustrato político—sirvió inicialmente para reconocer el arquetipo rural de esa masiva inmigración llegada del agro a la capital y partía de la confianza en los invariantes de esa arquitectura pobre pero solemne de la bóveda tabicada y el muro encalado. Veinticinco años más tarde, la flexibilidad funcionalista y el lenguaje radicalmente moderno de aquellos contenedores prismáticos y espacios expositivos y celebrativos consagran la paulatina experimentación formal con los voladizos de hormigón, la asimilación del racionalismo y el organicismo funcional o el rigor constructivo y las posibilidades espaciales de los grandes pórticos de acero. La instalación en 1959 del celeberrimo pabellón de Bruselas de Corrales y Molezún en el recinto ferial y su posterior sonrojante abandono son una metáfora perfecta de todo lo bueno que las Ferias del Campo nos han dado a la arquitectura y de la incomprensible falta de sensibilidad y reconocimiento que la sociedad —y en parte también nuestra propia disciplina— han conferido al legado de nuestra modernidad.

https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.2019133969